



SUMARIO

CARLOS MIRANDA

De parranda.

ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO

El hombre sensato.

JACINTO CARMÍN

Sin antifaz.

J. MARTÍNEZ JEREZ

Turris eburnea.

DANIEL SECO DE LUCENA

Ya que no seas casta, se cauta.

FÉLIX RECIO

El error.

CÉSAR JALÓN

Peor para ella.

FERNANDO AMADO

La iniciación.

PEPE ONTIVEROS

Mis aventuras amorosas.

TOVAR, SOTA y ALFONSO

Caricaturas y retratos de La Rudi, Manolita Pérez, Luis Blanco Soria y otros dibujos.



LA RUDÍ

Artista de variedades, morena y sevillana... y algo más.

5 cénts.



DÍALOGO DE DOS «SEÑORAS»...

EN LA CALLE Y Á ALTAS HORAS

—¿Qué tal estuvo el baile de los chicos de LA HOJA DE PARRA?

—¡Fué el dis-loque, la desco-yuntación, el des-migajen, la despre-ocupación y el despi-porren! —¡Pues no eres nadie tú despo-tricando!... ¡Mía que le has puesto al baile algunos motes! ¡Qué mó de azjetivar! ¡Ni un peiodista! —¿Qué quiés? El acaémico don Cosme me ha enseñao el manejo de la lengua y á emplear los recursos ú resortes del idioma, que son endispensables pa distinguir el uso de las voces y saber aplicarlas á su tiempo, pa que te enteres.

—Sí; ya se conoce que te tratas no más con inmortales, príncipes de la Iglesia, embaiaors, menistros, acaémicos, ediles, socios del Nuevo Cluz y polizontes de toalla y bombín.

—¡Y que lo digas! A mí me tiran más los sacerdotes, los deputaos, los títulos del Reino, los artistas, los sabios y los «polis», que los golfantes con que tú te tratas. Déjala, pues, á cá una que se roce con quien la dé la gana.

—Por mi parte ya te pués ir rozando con el prócer que siá más de tu gusto; por ejemplo, con el Príncipe Pío ú con el conde de Santa Cruz de los Manueles.

—¡Anda, pues me gustan poquito los dos hombres que acabas de mentar! Si ellos quisiesen, por mí no quearla...

—Bien; pero oye, vamos á lo del baile. ¿Qué fué aquello de la «pipa de honor»?

—El despiporren! Una pipa más grande que la tuya, sin desageración.

—Ya se conoce que tú no me la has visto

—¿Yo? Ni ganas. Uso de los «ataos por los riñones» (ú siáse, «brigadieres»), y no gasto ni tan siquiá boquilla.

—Pues entonces no sabes lo que es güeno. Yo, sin pipa, no saco gusto al vicio de los hombres; y te advierto que fumo más que un suizo. Mas dejémonos ya de estas custiones, y golvamos al baile.

—Si no fuistes, ¿cómo vas á golver?

—Suelta el resorte del os chistes, y acaba.

—Ya te he dicho que fué lo que se dice el acabóse. ¿No has estao con los chicos de LA HOJA DE PARRA alguna vez?

—La mar de noches me he ido de parrandíbilis con ellos. —¿Y no es verdá que son unos pendones; pero de los que entran ya pocos en libra? —¡Natural que lo son!

—Pues güeno, entonces, ¿cómo quiés tú que fuese el bailecito que ellos organizaron?... Un derroche de güen humor, de gracia y de alegría. Lo que te dije enantes: ¡el dis-loque, la desco-yuntación, el des-migajen, la despre-ocupación y el despi-porren!... Ya te lo contaré con tós sus pelos y señales mañana, y ahora, ¡corre, si no quiés que te metan en la «preven»!

—Pues ¿qué pasa?

—¡Que vién p'aquí los «polis»!...

Por las interlocutoras,

Carlos Miranda.

EL HOMBRE SENSATO

¡Dichoso aquel que la practica y calla!

Leonardo Fernández de Moratín.

S hay en el mundo hombres morigerados, serios y graves, uno de los mejores *primos inter pares* era Don Sabas Pulido y Cortés, docto leguleyo de la muy ilustre ciudad de los Obispos, cuatro veces heroi-

ca... y una más, por soportar en su recinto la mole inmensa de Don Sabas, que sólo tenía allí rival en la mole de la Catedral gótica.

Cuando paseaba por las callejuelas sombrías con su amplia papada y su rotundo abdomen, los papás de mozalbetes depravados le mostraban como un monumento público á la virtud:

—¡Mira, hijo, á Don Sabas, el hombre más intachable y de vida más pura de toda la provincial...

Las esposas honestas traían á colación á Don Sabas (lo cual no quiere decir que le convidaban á cenar), cuando reprochaban á sus esposos, ligeros de cascos, la conducta liviana, el torpe trato con mozas alegres y el impenitente trasnochador.

He aquí que un día, fatídico día en que la lluvia sonaba insistente y tenaz, como suele ocurrir un día sí y otro también en la ciudad de los Obispos, ciertos mozalbetes, entre los cuales estaba un hijo ya garrido y galán de Don Sabas, hartos de jugar partidas de dominó en el Café de París y de perseguir modistillas por las calles céntricas, decidieron recorrer los callejones lóbregos y angostas travesías de los barrios altos. Tras los cristales esmerilados de los cafés, veíanles pasar los condiscípulos de Universidad, dedicados al frívolo placer de la charla ó al noble solaz del *chamelo*.

Internáronse por aquellas callejuelas de San Lázaro, donde se refugian las mujeres de mal vivir. Los goterones caían de los altos

aleros con estrépito de vajilla rota. Las calles, enfangadas, apenas dejaban paso franco al arriesgado explorador. Sonaba con retintín monótono el azote de las gotas de lluvia en los cristales de los balcones.

En uno de los conventículos más afamados de la población penetraron los avispados mozalbetes con algazara de juventud. Sus risas eran serio acompañamiento de cristal

al no menos cristalino leit-motiv de la lluvia. Una dueña rechoncha, de apetitosa papada—lo único apetitoso para el mordisco de su persona—acogióles afablemente en una salita decorada á lo aldeano. La anciana, todavía sabrosa, era la encargada de aquel convento de monjas profesas de la orden calzada de Nuestro Padre Eros.

Salieron al punto las mozas muy pulidas y acarminadas, con el colorete flamante sobre las mejillas y el lápiz bien marcado en las ojeras. Sus grandes senos, algo fofos, senos de buenas vacas lecheras, movíanse con acompasado ritmo de letanía. Todas eran rubias, linfáticas y blandengues. Solamente Carmela la andaluza destacaba, entre las meretrices hijas del país, por su cuerpo juncal, sus

pechos briosos y erectos, sus caderas bien delineadas y sus nalgas suaves, con amorosa ondulación de colinas rosadas.

Con ella, que era la preferida, adentróse en un recóndito camarín el hijo de Don Sabas. Y mientras ofrendaba á Venus su primer sacrificio, copioso como de joven bisono y poco gastado, oyóse en la salita donde las voces roncas de los chicos, ebrios ya de cerveza, entonaban canciones de la tierra, una voz grave y enfática, bien conocida de Manolito. ¡Como que era la voz de su propio padre, el respetable Don Sabas, magistrado de la Audiencia!...

En grave aprieto quedó el mozo, que se encendió en rubores más de lo que ya esta-

NUESTRAS COCOTAS



MANOLITA PÉREZ

ba; y como la muchacha se holgaba sobremanera del aprieto, no se apresuró á sacarle, sino que, con especial ahinco, le retenía en sus garras. Por fin, el buen mozo dió un formidable alarido que hizo retremblar las paredes de la alcoba, gritando:

—¡Suéltame, condenada, que si me coge mi padre en estos belenes, me mata!...

La moza, con gran desenfado, replicó:

—¡Cuántas veces le podrás coger tú en el mismo caso, criatura!...

Saltó el mozo como pudo de las garras de



—Pero conde. ¡Está usted hecho un sátiro con toda la barba!

—¡Con todo el bigote, marquesa... nada más que con todo el bigote!

aquella sirena, que tan sabrosamente le había apesado. Y al escaparse aturdidamente por el pasillo, oyó la voz adusta de su padre, bramando como un león:

—Anita, como vuelvas á admitir aquí al canallita de mi hijo, te rompo un alón...

—*Allons-nous-en* — clamaron entonces, haciendo un *calembourg* los rapaces.

En la aglomeración con que salieron todos, arrastraron en el vórtice á D. Sabas. El hijo, que les esperaba en el portal, encontróse frente á frente con su venerable progenitor. Agachó el muchacho humildemente la

cabeza, y el padre, con bárbaro acento, gritó: —Mocosos... como vuelvas á venir por este antro sin avisarme antes, buena zurra te va á dar mamá...

Andrés González-Blanco



SUCEDIDOS...

¡Siempre la fatalidad!

La señora de D. Marcos ha dado á luz un hermoso niño, y su esposo se apresura á registrarlo civilmente.

Llega á las oficinas, el empleado extiende el acta, se la presenta al interesado para que firme, y D. Marcos escribe el pie del documento, sin duda por la costumbre que tiene de hacerlo así en la fábrica, de la cual es socio principal:

El padre,

M. Coronado y Compañía.



TENORIAS

A que saliera un momento la esperé ayer en la calle y hoy... me espera en su aposento... *con oro nada hay que falle;* *Chuti, ya sat es mi intento.*



Quando en la calle me ves te pones descolorida... *¡cuán bella y cuán parecida tu efígie en el mármol es!*



Ya sé que pábulo estás dando á la murmuración con tu novio, y sé, además, que *tan vil como el ladrón que roba y huye es Tomás.*



No dijo «esta boca es mía» al saber que pasó Juana un día en mi compañía, *y... si se caña mañana... mañana... será otro día.*

Gonzalo Cantó

SIN ANTIFAZ

WAYA algo de Carnaval: pero de Carnaval legítimo, con capuchón y careta. Y perdón si esta vez, por extraordinaria y jamás oída excepción, me pongo algo triste: mas la vida es así; un contraste perpetuo de luz y de sombras, de alegría y de lágrimas; y como hoy andamos con comezón de risa, bailoteo y jolgorio, mañana nos da por amohinarnos, y sacar el pañuelo para secarnos los ojos, y meter el pico bajo el ala, como los pajarillos enfermos.

Esta vez lo confieso... (y lo confieso con empacho porque la tristeza es una depresión del espíritu), me siento fúnebre.

Alberto, un buen muchacho que aún no ha cumplido veintitrés años, estaba en relaciones con Martirio Z., que ha figurado en los carteles del Triánón Palace y del teatro Romea, con un pseudónimo extranjero: es una muchacha muy bonita, complaciente, demasiado complaciente tal vez, y accesible a todos los gustos, de la cual saben más de veinte... y más de treinta individuos, que tiene un lunar rubio algo más arriba de la rodilla izquierda.

Nó obstante (el amor es así), Alberto estaba loco por ella: por Martirio perdió su libertad (es lo primero que en casos tales se extravía); sacrificó su carrera y perdió hasta el último duro de los pocos que de su padre había heredado. Martirio también le quería mucho, le encontraba bueno, discreto, y sufría pacientemente las estrecheces de los malos días. Pero llegó un momento en que aquella situación no pudo prolongarse: la madre de Martirio estaba enferma y fué necesario llevarla al hospital; la pobre muchacha tenía empeñados todos sus trapitos; sus medias mejores estaban recosidas por el talón... Entonces los dos amantes hablaron de separarse: ella fué quien propuso la cuestión...

—Es preciso, nene...

El la escuchaba con los ojos muy tristes.

—Ya ves, mi madre lo espera todo de mí... Hay un caballero que viene persiguiéndome desde hace largo tiempo y que me ha propuesto condiciones ventajosas.

Alberto habló de los días venideros, de aquellas mañanas melancólicas en que sus cabezas ya no amanecerían juntas sobre la misma almohada.

—¿Qué importa?—repuso ella con filo-



—Con qué gusto le daría á usted tocino.

—Gracias, ¡no me hace falta!

sofía á lo Schopenhauer;—ni el mal ni el bien pueden ser eternos. Esto ha pasado...

—¿Y el recuerdo?

—El recuerdo, no lo dudes, pasará también.

Fué una despedida, como todas, muy triste: se devolvieron las cartas, los retratos, las flores secas, recuerdos de los viejos días de sol...

Transcurrieron varios meses y la casualidad no había vuelto á ponerles frente á frente: ella seguía con él, es decir, con el otro; Alberto vagaba como pájaro sin nido, arrastrando por las calles la melancolía de su soledad.

Volvieron á encontrarse noches atrás en el bai é de máscaras de LA HOJA DE PARRA. Ella pasaba riendo entre dos amigas y con el antifaz en la mano; él, al verla, palideció y quedóse inmóvil, sin pensamiento y sin voz.

Martirio le llamó:

—Alberto.

—Hola... ¿Qué quieres?

—Nada; charlar contigo.

Parecía consolada; sus grandes ojos no tenían la expresión nostálgica del recuerdo.

—¿Qué haces, Alberto?—añadió.

—Nada.

—¿No tienes pareja?...

—No; he venido... no sé á qué... Acaso me

EN LA «COMI»



—No he tenido más remedio que mandarte detener. Esa Liga me está apretando que es un dolor.

—¡Pero señor Comisario! ¡Más me aprieta á mi ésta y no me quejo!

trajo la esperanza de que íbamos á encontrarnos.

Cogidos del brazo fueron á sentarse lejos del sitio en donde las máscaras se agrupaban. Ella, viéndole tan mustio, preguntó:

—¿Qué tienes? ¿Te acuerdas siempre de mí?...

—Siempre.

Hablaron un poco del pasado; ella vivía casi feliz: su madre estaba buena, su amigo no era roñoso y acudía á sufragar todos sus gastos cumplidamente; la reconciliación, por tanto, entre ellos dos, era imposible y absur-

da; él, presa de repente enternecimiento, rompió á llorar.

Martirio exclamó:

—¡Chico!... Sé formal; ¿qué van á decir de nosotros?

artirio, ruborizándose, tenía razón, porque la humanidad no es buena. En aquel momento pasaron varios amigos de Alberto; sin duda habían trasegado bastante y los vapores del vino comenzaban á quitarles prudencia y cordura.

—¡Mira quién está ahí!

—Adiós, chico... ¿Quieres venirte con nosotros?

Uno de ellos advirtió que Alberto tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¡Buena es esa!—exclamó.—¡Si está llorando!

Martirio se había puesto el antifaz. Uno de los importunos preguntó:

—¿Pero qué le ha hecho usted á este pobre hombre cara bonita?...

Ella repuso pasándose al enemigo:

—Ya ven ustedes; yo también quiero consolarle... ¡y no puedo!...

Todos rieron.

—Buena borrachera ha cogido!—exclamó uno.

—Y lo peor—agregó el más gracioso de todos—es que la tiene llorona.

¡Pero, señores! ¿Para qué nos habrá puesto Dios un corazón en el lado izquierdo?...

Jacinto Carmin.

TURRIS EBURNEA

Si dais en ese tedio, señora mía, para pagar con duelos deudas nupciales, dejad las aritméticas sentimentales y vengamos á juicio de tercería.

No pudores saquéisme de prendería que hartas me dísteis siempre prendas iguales. Perdidos los honestos caminos reales, (legañar he por atajos la serranía.

Cierto que habéis marido; mas lo que importa estas luengas artes en vida corta, (porta es saber si él os tiene también, y advierto

que en vida de sus deudos vos sois la herencia.

Huerto de propics, propio yo en conciencia, ¿por qué no vendímarle la viña al huerto?

J. Martínez Jerez.

YA QUE NO SEAS CASTA, SE CAUTA

EN un valle húmedo y opaco, pero de ambiente tibio y agradable, destacan como hembras bullangueras en día de festejo las albas casucas de Buenapartida, acariciadoras y románticas, como matutina canturía de yuntercs; imprecisas, como el vuelo monótono y quebrado del murciélago; burlonas, como el grifo áspero y zumbón de la corneja.

Envuelve al villarejo, con el bonancible cerco de sus curvadas gentilezas, el riachuelo de la sonsierra, suave repartidor de savia jugosa y fecunda para aquellas cahizadas de de labrancio.

Los moradores del poblado, ajenos á las luchas de vecindad, viven en paz varsoviaña, cultivando la tierra fértil, convertida por su trabajo asiduo en nueva tierra de promisión.

Los más ancianos de la cortijada, fieles historiantes de sus tradiciones y leyendas, no hacen memoria de sucesos perturbadores de la tranquilidad y reposo de la aldehuela. ¡Siempre fué el lugarejo lugar de bienaventuras!... ¡Pero... hay mujeres! Y como quien dijo mujer dijo *mu-*

danza, según reza la *Gatomaquia* del Bachiller Tomé de Burguillols, llegaron los tan temidos contratiempos y desventuras. Los buenpartidenses tomaron el *partido* de apoyar la igualdad prolífica en toda su extensión, y, allí fué Troyal Las damas de aquella aristocracia, como más desocupadas que las mujeres plebeyas, reuniéronse en comicio para discutir sus reclamaciones. Unos

días de asiduo discreto, de incesante labor, de movimiento continuo, cerca de los varones más irreductibles, dieron el resultado apetecido. ¡A los nueve meses de celebrarse la primera nocturna asamblea, salió á luz el fruto bendito de sus anhelos!

Acordado el plan de ataque, todas acudieron á la cita con extraordinaria puntualidad. ¡Lo que hace el amor á las ideas! Encamináronse inmediatamente á casa del alcalde.

El anuncio de la visita produjo en el ánimo del buen señor un efecto tremendo. Su rostro tornóse cadavérico. Advertido el Poncio por sus oyentes, no es raro que pensara:

— ¡Cómo dejo yo satisfechas á las mujeres de este pueblo?... ¡Esto es imposible!... ¡Pero me romperán la vara!... ¡Y lo que piden no hay quién lo conceda!... ¡Pues, señor, pecho al agua!

En tal situación de espíritu dió orden de que fuesen llevadas á su presencia las reclamantes.

Los primeros momentos de la entrevista fueron de verdadera ansiedad. Nadie osaba romper el silencio. Por fin, la más decidida ó desvergonzada, avanzando un paso, habló de esta guisa:

— Nosotras venimos, — dijo — á reclamar la abolición de los privilegios masculinos.

— Está bien — replicó el alcalde —; pero cuáles son esos privilegios?

— ¡Ah, señor alcalde!... Los hombres gozan, como nosotras, de los placeres anejos al becho de la paternidad, sin que sufran el más pequeño dolor, y nosotras creemos que eso constituye un privilegio irritante.



EL ECO. Cuadro de Ströf.

— ¡Cáspita!—exclamó el alcalde, dando un brinco en su asiento—lo que me pedís no es de mi incumbencia, yo no puedo concederlo.

— ¡Cómo que no puedes?—gritó á voz en cuello la alcaldesa. — ¡Eres un miserable egoísta, y si no accedes á nuestras justas demandas...

El pobre marido, sudoroso y maltrecho ante la actitud de aquella furia, ordenó al secretario que dictara el oportuno bando, de acuerdo con las pretensiones formuladas por las hembras de Buenapartida. ¡Desde aquel día memorable, todos los hombres del lugarzuelo, cuando les llegara el instante venturoso de ser padres, sufrirían los dolores del alumbramiento.

A los pocos días de establecerse esta igualdad sexual, notó la alcaldesa una primeros síntomas de una nueva felicidad próxima. El primer llamado á experimentar el cambio fisiológico, que tanto alborozo produjo en las buenapartidenses, sería su propio decaimiento. ¡El pobrete temblaba como un azogado! ¡Qué sufrimientos le esperaban! ¡Se le erizó la carne!

En las próximas horas de la madrugada, la bella alcaldesa notó las molestias precursoras del hecho anterior á la maternidad; molestias que se tradujeron en dolores desagradables y agudos conforme avanzaba el día.

Sin embargo, el esposo de la doliente pudo observar que su organismo no sufría el menor cambio, aunque su cara mitad retorciera en convulsiones dolorosas. Esto le hizo pensar que su decreto no tuvo consolidación.

En vista de cuanto acontecía, las mujeres que se congregaron en casa del alcalde, ansiosas de presenciar el fenómeno, comenzaron á recelar. ¡El caso no era para menos! Como la mujer, sér no inteligente, obra siempre por intuición, las visitantes, atentas al desenvolvimiento del problema, murmuraban agriamente. Ya se disponían á recriminar al alcalde su proceder, cuando jadeante, sin aliento, como quien desempeña una comisión delicadísima, presentóse de súbito el

monaguillo de la iglesia, el cual, dirigiéndose al facultativo que prestaba asistencia á la alcaldesa, exclamó:

— ¡Señor médico, señor médico, por misericordia; corra usted en seguida casa el señor cura, que se encuentra muy grave! ¡Desde esta madrugada viene sintiendo grandes molestias á ratos dolores agudísimos que se han exacerbado hace un par de horas!

— ¡Pero qué dolores son esos?—pregunta el facultativo.

— Yo no lo sé, señor; pero se parecen mucho á los dolores de parto.

— ¡Y usted, señor alcalde?...

— Yo no siento nada, estoy tan telendo...

Después de este suceso todas las mujeres de Buenapartida, y entre ellas la alcaldesa, reclamaron una modificación en aquel bando de buen gobierno: los parientes deberían ser los maridos de las parturientas.

Daniel Seco

de Lucena.



Los directores de periódicos

1 de España Nueva



LUIS BLANCO SORIA

Es un «terrible». Le conocemos á las mujeres «legítimas», dos que no lo son, y otras cosas que no son para dichas, así como así...

PENSAMIENTOS INÉDITOS DE OSCAR WILDE

El sexo de una mujer fascinadora es una provocación, no una defensa.



La moralidad es la actitud que adoptamos delante de las personas que no nos inspiran ningún deseo.



Una mala mujer es aquella para la cual no existe el hombre.



El cinismo consiste en ver las cosas tales como son y no como debieran ser.

EL ERROR

FUÉ un lance espantoso — continuó diciendo Gustavo. — Figúrate que después de vivir quince días en el campo, comiendo buenas carnes, trasegando buenos vinos y respirando los aires vigorizadores de la sierra, era natural que un muchacho tan dado á los placeres como yo, estuviese más retozón y más inquieto que un potro. Además, el amigo en cuya hacienda me hallaba de huésped, estaba recién casado, y sin preocuparse de que sus amorosos transportes podían causarme daño, abrazaba y besuqueaba á su mujer delante de mí, y sin que ella se cuidase de ofrecerle, siquiera por el buen parecer, la menor resistencia.

Forzado por la necesidad, hube de prescindir de los honestos miramientos que me esclavizaron los primeros días, y dirigir mis esfuerzos contra Honorata, la doncella: una moza de muy buen ver, con robustos pechazos y amplias caderas de nodriza. Al principio ella se hizo de pencias; y yo, siempre que encontraba ocasión propicia, la sobajeaba

brutalmente, mordiéndola en el cuello, y diciéndola cuantos disparates se me venían á la boca. Luego, mis caricias empezaron á agradaarla y las reía, llamándome «loco», y al fin concluimos por entendernos. Entonces yo la pedí una cita.

—Esta noche — la dije — e espero en mi cuarto.

—Imposible — repuso — porque Claudia me sentiría.

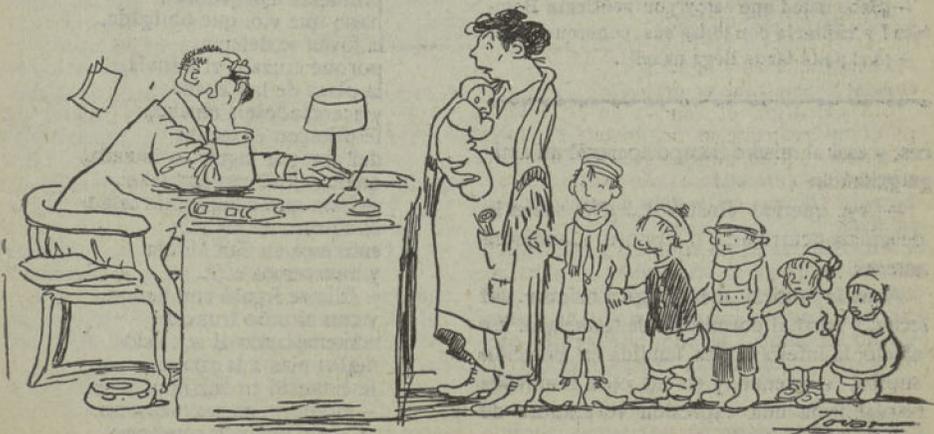
(Claudia era la cocinera; una setentona como una bruja de Teniers, rugosa y enjuta.)

—Porque dormimos en el mismo cuarto — prosiguió Honorata —, aunque no en el mismo lecho.

—En ese caso — dije — yo iré á verte; deja entornada la puerta del dormitorio. Penetraré de puntillas y conteniendo el aliento; no hablaremos... Nuestro abrazo será frenético, pero silencioso y mudo.

Dicho y hecho.

En las primeras horas de la madrugada me dirigí cautelosamente al cuarto de Honorata; empujé la puerta, entré sin ruido y



El Comisario. — ¿Y usted á qué se dedica?

Ella. — A las labores propias de mi sexo.

avanzando con los brazos extendidos llegué á un lecho, dentro del cual me deslicé suavemente...

...Satisfecho el deseo torturador, quise recompensar en cierto modo los dulces favores de mi amiga, y deslicé en su mano un duro; y en seguida, sin atreverme á decir palabra, regresé á mi cuarto.

Algunas horas después, desperté sobresaltado por un gran ruido de sollozos y de vo-



—¿Sabe usted que estoy por sentirme Bombita I y raptarla con todas sus consecuencias?

—¡Ay! ¡Qué tarde llega usted!...

ces; y casi al mismo tiempo apareció mi amigo gritando:

—¡Ay, querido Gustavo!... ¿No sabes la desgracia ocurrida?... ¡La pobre Claudia ha muerto!

Aquella noticia me obligó á brincar del lecho, y corrí al dormitorio de la anciana. En efecto: la infeliz estaba tendida en posición supina, sonriendo, y en sus ojos inmóviles resplandecía una expresión voluptuosa de indefinible contento.

—¿Pero cuándo ha fallecido?—nos preguntábamos.

—No sabemos.

—Cuando Honorata se levantó, ya la pobre Claudia era cadáver.

—¡Qué horror!

—¿Y estaría fría?

—Como el hielo.

—¡Qué pena, Dios misericordioso!—repetían Gustavo y su esposa!— ¡qué pena!...

Lo que nadie podía explicarse es que aquella vieja, enjuta y rugosa como una bruja de Teniers, tuviese en su mano crispada... ¡una moneda de cinco pesetas!

Félix Recio.

EL ÚLTIMO CARTUCHO

Dirigiéndose al trabajo, con apresurado andar, iba la hermosa Pilar calle de Toledo abajo, mostrando á los paseantes su palmito seductor y el conjunto encantador de sus curvas incitantes. Sus hechizos ponderando iba con paso ligero, un tenorio callejero á la Pilar escoltando. Ya llevaba así dos horas, y sin darse por vencido, deslizábase al oído promesas halagadoras; hasta que vió, que obligada, la joven se detenía, porque cruzaba el tranvía la plaza de la Cebada, y acercándose mucho, le dijo con el acento del que por lograr su intento, quema el último cartucho: —Para que comprenda usted lo sincero de mi afán, entremos en San Millán y tomaremos café.

Ella se irguió con fiereza; y con el ceño fruncido, contemplando al atrevido de los pies á la cabeza, le contestó en voz muy alta: —Hombre: no sea majadero. ¿Café? Déselo al sombrero, ¡que le hace bastante falta!

Joaquín Macen.

PEOR PARA ELLA

I

No pensarlo. Juan de Correa y Correa no sería en jamás de los jamases novio de su prima. Ciertamente el asunto tomaba caracteres alarmantes con detrimento de su vida de crápula, morigerada de pronto por la firme actitud de su mamá á propósito de este matrimonio de conveniencia.

Ya lo sabía. O comenzaba los amores con su prima ó terminaba de sacarle dinero á su mamaita, muy pródiga hasta entonces. Bien entendido que Juanito no estaba mayormente dispuesto á transigir. Precisamente el día anterior tuvo con su mamá el altercado más furibundo de los de la serie.

—Te he dicho que no, mamá, que no y que no. Aborrezco á la gente ñoña, cualquiera que sea su sexo y condición; estoy tan harto de ñoñas como de niños.

...Otra, y que no había caído Juanito. ¡Buena iba á ponerse Rita, su compañera de fatigas hacía unas noches, cuando conociese el proyectito. La veía erguirse cínica, desfigurando su boquita de cielo en un mohín de desdén para reprocharle acremente su eclecticismo, indigno de varón.

—Cásate—mordería la muy ladina—cásate con tu primita... Lo manda tu mamá y para algo te llamas Juan, y por algo, por una lamentable equivocación, no te apellidas Lanas. Por supuesto, que...

Y mientras que el desairador calavera se desesperaba en sus elucubraciones por los matrimonios de la Iglesia, Paquita Sanjul, una primita que de todo tenía menos de tal, restregaba sin piedad aquellas interminables pestañas que, doliéndose del roce, dejaban caer uno á uno sus enrizados hilitos de seda, y manoseaba feroz los dos ojazos de virgen mora que tuvieron á bien ponerle en París poco antes de traerla al mundo. Todo ello

en busca de unas lagrimitas para convencer á sus papás de la ineptitud de su primo.

Lo que ella decía. Juanito es simpático en grado sumo, muy poco trabajador y muy listo para obsequiar con cenas abundosas á las coupletistas y madres de compañía, acompañándolas, luego, hasta sus viviendas y volviéndose á casita con las orejas gachas y las manos en los bolsillos.



—¡Rediez con el hombre...! ¡Tendremos que llamar á Maura!

Claro que á ella le importaban bien poco casi todas las partes, y no borraba el «casi» para que no perdiese nada en el juego de palabras aquel escultor de blusa blanca con quien la sorprendieron en el jardín «en tren» de servirle de modelo... Por cierto que si supiesen en casa que todo el arte escultórico de su... maestro se reducía á deshacer pilones de azúcar y á pesar garbanzos.

II

Pues los casaron, no obstante. Y vivían en santa paz. Juanito notó su cambio de estado en contados detalles. Su madre, que, naturalmente, cerró la espita de su «atoria infan-

tigable y abrió la del bolsillo. Rita, su querida, que, desde la aceptación de su categoría de amante de un hombre casado, aumentaba desconsideradamente sus exigencias.

Pero Juanito llevaba dos días en continuo desasosiego. Un acontecimiento conyugal había tenido lugar. Y para su desdicha no estaba muy cierto del sucedido.

Fuí con unos tenderos—reconstruía el cuitado—cenamos con las del Petit Dorée; alguien inició la idea, que aplaudimos y realizamos, retratándonos con largas blusas blancas, revestidos y del brazo de nuestras damiselas. Después... Después me traen con la propia blusa y en mi propia salsa... Y luego, Paquita, que se me antojó que hedía á *champagne*—era yo mismo—y que me

enamorada de él, se respondía con misera-tivo:

—Peor para ella!..

César Jalón.

EL ACTO DE BOMBITA

DON RICARDO, NO

Nos ha emocionado un poquitín el acto de Emilio Bombita, y si no hubiera un Código que, intentando contener lo que no contiene, lo execra y hasta lo castiga, diríamos que nos parece bien.

Pero por lo que no pasamos, para dejar las cosas en su justo medio, es porque en un principio se confundiera á Emilio con su señor hermano D. Ricardo.

Nuestro simpático amigo el bravo diestro, á quien nosotros admiramos como tal una enormidad, tiene en este aspecto de «terrible» una leyenda falsa.

Lo decimos así, porque nos consta que D. Ricardo, en sus relaciones con las damas, se llama apenas Pedro... Nosotros sabemos de quien con él y contra él trabajó algunas veces y quedó siempre bien. Fuera porque D. Ricardo es corto de palabra, fuera porque los otros la tienen más larga... En este mismo caso de «La Goya», en que D. Ricardo adquirió un cartel loco, no hay motivo. El simpático diestro, pálido y un tanto emocionado, según parece, habló un día seriamente de matrimonio á la sin par artista. Aurorita sonrió y le dijo que no, acto que se llama en nuestra tierra «darle calabazas». Después... Después, cuando «Bombita» y «La Goya» se encontraron en alguna parte, el diestro, pálido, suspiró... y no ha pasado más.

Cuanto se ha dicho acerca de una visita hecha por D. Ricardo, en Cádiz, á «La Goya», es sólo una broma de algún amigo del torero que quiere «estimularle».

D. Ricardo, dicho de una vez para siempre por quien le conoce, no es su hermano Emilio. Cuando se enamore, y sea correspondido, se casará como manda Dios, como manda la Epístola será un buen marido... y acaso, acaso, acabe en miembro de la Liga...

INTIMIDADES CONYUGALES



Ella.—¿Me quieres decir qué has hecho de los seis reales que te dí?

El.—Pues mira, la otra noche tuve que tomar un coche, cené en el casino; después fuí al Real, y á la salida me encontré con la Fornarina...

comió á besos con inusitado frenesí. Un verdadero delirio de amor el de Paquita.

—Así con esa blusa, sin el disfraz de estos días, para que él no se sorprenda... como aquella noche del jardín.

Y vuelta á besarme y á solicitarme a morosa.

Y el calaverón de Juan de Correa y Correa, eterno desdeñador de «ñoñas», miraba de hito en hito á su consorte, y al preguntársela

lo desea empezará á toser desde ahora mismo.
Yo.—Así me gusta. Tráete dos raciones de langosta.

CAMARERO.—Como las balas. (Vase mirando picarescamente á Nieves, que come con apetito felino. Yo como menos y bebo más. El camarero actúa como Dios manda; tose para anunciar que viene, y de cuando en cuando aumenta el contenido de su copa con lo que escatima á los demás parroquianos. Nieves encuentra buena la langosta y se atraca. La incito á que beba, y á las tres copas de Rieja pide otra ración. Casi sin hablar llegamos á los postres. Nieves no quiere prescindir de su plato favorito, pide un tomate crudo á medio curar y con su correspondiente aliño se lo come. Yo pido un plátano, ella á medios pelos me lo coge y sin probarlo lo destroza. Perico, el simpático pollino que da vueltas á la noria, lanza un sonoro rebuzno como avisándome que no debo quedarme á medio pienso, y pido cerveza. El camarero completa con café los dos dedos que faltan para que la copa rebose de coñac y quiere beberlo de un sorbo, tose al mismo tiempo y nos espurrea por boca y narices. Castigo de Dios. Llora un poquito, le digo que nos sirva licor de los Reverendos Padres Benedictinos, y Nieves se bebe tres copas. Llamo para pagar y resulta que no me alcanza para la propina. Se la quedo á deber y nos vamos. Ella no camina bien y yo no puedo llevarla ni en tranvía. Se hace tarde para mi hora de trabajo.)

Yo.—Espera, que me estorba lo negro. (Nieves va de luto, y yo trato de quitar el estorbo.)
NIEVES.—¡Vamos, Ontiveros! O se está quieto ó me enfado. Póngase enfrente y con la mesa por medio, ó me voy.

Yo.—Precisamente es lo que yo quería, que hubiera distancias hasta tanto que pueda lograr mi capricho. Ya estoy como quieres.

NIEVES.—No lo tome á mal; es que le temo. Yo no tengo más que un capital, y cuando se lo lleve alguien tiene que ser por cariño ó por conveniencia. Yo no tengo por usted todavía más que simpatía, y por eso he venido, y en cuanto á conveniencia ya sé que voy á *arrastrar coche*. Hable usted lo que quiera, pero las manos quietas. Acabe de explicar cuál es su capricho.

Yo.—Sencillamente, poner en tí mis cinco sentidos. Porque tengo cinco.

NIEVES.—¿Pues quería usted tener una docena?

Yo.—No, hija; lo recalco para que no me confundas con un compañero que tiene cuatro, según confesión propia. Yo quiero poner en tí mis cinco sentidos, porque tú te mereces los cinco. Hay algunas que se han conformado con tres, y les ha venido muy ancho.

NIEVES.—Bueno, pues explíquese con claridad por si me conviene, que... ¿quién sabe si más adelante...?

Yo.—Pues quiero ver á quién te pareces más, si á la *Maja* de Goya ó á los *Jurguitas* de Rubens.

NIEVES.—A mí no me hable usted en griego.

YO.—No me cortes el hilo. Oír tus suspiros por secciones de tres hacia adentro y uno hacia afuera: OLER el perfume de tu aliento; GUSTAR la miel de tus labios; en estos dos sentidos sigo la fórmula de mis *calamocanos*.

nieves.—¿Eso de calamocano quiere decir casi borracho?

YO.—Eso dicen. Pero si cállamo es pluma y cano con canas, yo entiendo y quiero decir los que tienen canas por la pluma.

nieves.—Tú, digo usted, sabe más que le han enseñado.

YO.—Yo sé, á mi modo, lo bastante para andar por casa, y para andar por el mundo. ¡pro-vecho lo que saben los demás.

nieves.—Ya me enseñará, ¿verdad?

YO.—En cuanto nos hablemos de tí sabrás tanto como yo; pero no te bagas la ilusión de llegar á Bachillera, ni siquiera á Maestra elemental, porque si yo no pude serlo, menos podré enseñarlo.

nieves.—Siga por el camino de los sentidos, que lo entiendo mejor.

YO.—Eso consiste en que no me han traído el Cazalla.

camarero.—Don José, si está aquí hace un rato.

YO.—¡Ah! ¿Estabas ahí? Deja eso y vete.

camarero.—¿Qué traigo de comer?

YO.—A tu gusto. (A ésta algo con mostaza ¿entiendes?).

camarero.—(Ni una palabra más). Bueno, como hay confianza voy á dejar esta copa, ¡ya sabe usted!, para echar un poco de café de cada

servicio, y luego, ¿usted comprende?, del café de usted me sirvo medio vasito y me resulta un poncheito.

YO.—Pues sírvenos prontito, que hay apetito.

camarero.—Co no las balas. (Vase).

nieves.—¿No me sentará esto mal?

YO.—Eso sirve para abrir las ganas de comer. (Según los fabricantes). Echale agua de Seltz. —No. Así, no. Apríetala hacia abajo el gancho de atrás y pon la copa bajo el pitorro de delante. Así. Apríetala. (Nieves apríetala demasiado fuerte y se vierte más de medio vermouth sobre su falda).

nieves.—¡Ay! Todo el vestido manchado. (Tra el síñon y el vermouth y se engancha el vestido en uno de los clavos de la silla). ¡Maldita sea...! (Llora, se mesa los cabellos naturales y esparce los añadidos por la arena).

YO.—¿Por qué lloras?

nieves.—Yo tengo la culpa. ¿Cómo vuelvo á mi casa de esta manera?

YO.—¿Cómo?

nieves.—Toda la ropa calada y el vestido roto.

YO.—No te apures niña, que yo te compraré otro.

camarero.—¿Se puede?

YO.—¡A buena hora! Anda, sirve pronto, y calárrate un poco para cuando vuelvas.

camarero.—Ya sabe usted que no acosiumbro dar el ja hasta los postres (1). Pero si usted

(1) Dar el ja, entre la golfista que tiene compañía, es avisar que viene la autoridad.

LA INICIACION



IME, Pepa, tú que sabes tantas cosas, ¿qué es seducir?

Hubo una breve pausa, durante la cual la interpelada contrajo repetidas veces el sobrecejo, reflexionando.

—Es la tuya una pregunta de difícil contestación. Sin embargo, aunque acerca de tan importante asunto no puedo hablar por experiencia propia... tengo amigas que me lo han explicado bastante bien.

—Veamos.

—Figúrate que estás en tu dormitorio, preparándote á dormir. Acabas de quitarte el corsé y yaces en tu reclinatorio rezando. De repente se abre la puerta y aparece un hombre.

—¡Qué horror!... ¡Me moriría de miedo!

—No, aquel hombre no es un ladrón ni un asesino; sí un galán joven y guapo que vive enamorado locamente de tí.

—¡Ah!

Estaban en el balcón contemplando con ojos indiferentes la calle solitaria, anegada en la luz blanquecina de la luna, el yerto asteroide de los voluptuosos y de los sentimentales. Fedora tenía un rostro sonrosado y terso de ingenua, con una dulce boquirrita acarminada de virgen precoz que aún no ha mentido. Pepa representaba tener más edad, con grandes ojos picoteros que revelaban haber leído el capítulo primero de la novela de las pasiones; ese capítulo que deletrean las solteras con tanto dolor...

De pronto, zurciendo un interesante diálogo interrumpido, prosiguió Pepa:

—Como ves, la cuestión varía de aspecto. Pues bien; aquel mozo se arroja sobre tí, te sujeta vigorosamente entre sus brazos y te besuquea reiteradas veces en la boca...

Fedora escuchaba atentamente, y la expresión asustada de sus ojos la dulcificaba por el esguince satisfecho y burlón que plegaba sus labios.

—En tales momentos—continuó Pepa—, tú no sabes bien lo que ocurre ni aciertas á defenderte, y mientras los labios de tu adorador te sofocan, sus manos te acarician el seno y las caderas con porfía incansable. Luego te levantará en vilo, y la presión de sus brazos galvanizados por el deseo será mucho más fuerte, casi dolorosa...

Hubo otro momento de silencio elocuente.

—Según eso—dijo Fedora, cuyas negras pupilas encandilaba la curiosidad—¿ser se-

ducida es algo muy desagradable y muy grato?

—Precisamente.

—¿Como, por ejemplo, si la obligasen á una á comer dulces, metiéndoselos en la boca por fuerza?...

—Sí, eso es...

—Entonces, ser seducida es malo; pero, no obstante...—añadió la niña ruborizándose—



—Chico, estoy entusiasmado con mi mujer. Me enfado con ella y en cuanto me hace cuarenta caricias me desarma.

—Pues á mí me sucede todo lo contrario.

se.—¡Las almendras garrapiñadas y los caramelos de menta son tan buenos!...

Fernando Amado.



EL PERIODISTA

Para Gómez-Hidalgo

—¿Se puede entrar, cabayero?

—Entre. (¡La Goya me valga!).

—¿Es usted, por un acaso,

el que mangonea y manda
en ese periodiquito
llamado LA HOJA DE PARRA?
—No soy el que mangonea;
soy el director. ¿Qué pasa?
—Pus, verá usted: yo me yamo
Filiberto Pérez Lanas,
el Rubito, por mal nombre,
ú quiere decirse, d'alias,
y soy hombre de prencipios
como verá por mi plática.
Nací...

—Bueno: sea usted breve,
que mis tareas me aguardan.
—Suprimiremos mi historia;
mas, quisiá que le costara
que tengo algunos prencipios,
que conozco la gramática,
y que en custiones d'istoria
no m'echa nadie la pata.
Hábleme usted de Rocine,
Del Diantre, Hormero, el Tetrarca,
ú cualquier otro tfo
d'esos que ha tenido Francia,
y verá usted...

—Sí, ya veo,
pero abrevie: ¿qué hace falta?
—Abrevaré, cabayero.
El caso es que yo trataba
con la Puri, una real hembra
revendedora de alhajas,
más hermosa, mejorando,
que toas las Venus del mapa,

y... en fin, que hace ya ocho días
enviudé, por mi desgracia...
—Pero, hombre; ¿á mí qué me importa
todo eso que á usted le pasa?
Termine pronto, ¿qué quiere?
—Señor: pare usted la jaca,
que no h'empizado en tadía...
¡poquisma pacencia gasta!
Pus, enviudé, como digo,
y dispense la metáfora,
y he vendio tos los ojetos
que de Puri me quedaban,
y, ya sin guita, pus debo
procurar pa la jamaica,
y vengo á que usted me ayude.
—¿Yo? Yo no puedo hacer nada.
—¡Vaya si puede, queriendo!...
—Pues, ¿qué quiere usted? ¡Caramba!
—¿Yo? Que quisiera venirme
de periodista á su casa.
—¡Ira de Dios!... ¡Periodista!...
¡Redactor él!... ¡Santa Bárbara!...
—Cabayero: no se altere,
que creo que nadie le falta;
y de escribir en periódicos
no he dicho yo una palabra.
Lo que yo quiero es venderlos...
¿Que no puede ser? Pus pata.

Mariano F. Conde.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EL LIBERAL
Marqués de Cuba. 7 — Madrid!

¿Por qué no se debe fumar?

PEDID EL FOLLETO DEL EMINENTE

= Doctor D. Antonio Martín Orozco =

Y OS CONVENCERÉIS DE LOS PERJUICIOS QUE ESTE ARRAIGADO VICIO OCASIONA

Se facilita **GRATIS** en todas las buenas Farmacias de España

y en la Sociedad Anglo Ibérica - Apartado 350 - Madrid

LA HOJA DE PARRA • REVISTA FESTIVA •
APARECE LOS SÁBADOS

Colaboración inédita de los más ilustres escritores y dibujantes

NÚMERO SUELTO, CINCO CÉNTIMOS.

Oficinas:
MÉNDEZ ALVARO, 2, PRIMERO

Apartado de Correos número 547
MADRID